

duccion de la *Jerusalem*, hecha por el Sr. Lic. D. Francisco Gómez del Palacio, de que acabo de dar imperfecta idea, y que va á conocer hoy el mundo literario en la presente edicion, merced al noble é ilustrado empeño con que el Sr. Ministro de Fomento, General D. Cárlos Pacheco, protege la impresion de las obras de autores nacionales.

FRANCISCO SOSA.

LA JERUSALEM LIBERTADA.

CANTO PRIMERO.

Recibe Gofredo de Bullon un mensajero de Dios:
eligenle los príncipes por capitán: pasa muestra á su ejército y da principio á la empresa.

I

Canto las armas pias y el guerrero
Que de Cristo libró la Tumba Santa;
Mucho su mente obró, mucho su acero,
Y mil penas turbaron gloria tanta.
Luchó en vano el infierno; el pueblo fiero
Que Asia y Libia juntaran no le espanta,
Que guia el Cielo mismo sus pendones,
Seguidos de la flor de las naciones.

II

Musa que de laureles de este suelo
No circundas tu frente en Helicon,
Mas entre santos coros en el cielo
Ciñes de estrellas inmortal corona,
Llena mi pecho de celeste anhelo,
Mi humilde voz levanta; mas perdona
Si voy mezclando á la verdad sincera
Adornos bajos para tu alta esfera.

III

Que halla en el mundo plácida acogida
Del Parnaso el idioma lisonjero,
Y en blánds versos la verdad vertida
Doma y persuade el ánimo más fiero:
Así al enfermo niño se convida
Con el vaso en que miel gustó primero,
Y si engañado amargos jugos bebe,
Al engaño salud y vida debe.

IV

Tú, magnánimo Alfonso, que me diste
Asilo, cuando erraba peregrino
Y me salvaste del naufragio triste
Que sumergió el bajel de mi destino;
Acoge con amor, cual siempre hiciste,
Los versos que en ofrenda te destino:
Acaso un día se honrará mi pluma
Con publicar de tu virtud la suma.

V

Si el fiel pueblo de Cristo, ora agitado,
Goza un día de paz, y en alta empresa
Arrancar quiere al Trace detestado
La grande, inestimable, injusta presa,
Razon será que á tu ánimo esforzado
Se dé el más noble cargo y que más pesa.
Émulo de Gofredo, escucha en tanto
Y las armas dispon miétras yo canto.

VI

Corría el año sexto que en Oriente
Combatiendo el cristiano consumiera;
A Nicea por asalto, á la potente
Antioquía por arte redujera,
Y en batalla despues contra la gente
De Persia, su valor la defendiera.
Venció á Tortosa, y la estacion helada
Le hace esperar del nuevo año la entrada.

VII

El término de aquel lluvioso invierno
Que á la tregua obligó, ya se acercaba,
Cuando del alto cielo, el Padre Eterno
Que la estrellada esfera dominaba,
Tanto y más que lo que ella al bajo infierno
En infinita altura superaba,
Volvió la vista abajo, y en un punto
Vió cuanto encierra el Universo junto.

VIII

Sus ojos luego hácia Soría inclina,
Do están juntos los príncipes cristianos,
Y aquella su mirada que examina
Del corazon del hombre los arcanos,
Ve que Gofredo la ciudad divina
Anhela recobrar de los paganos,
Y de celo inflamado y de fe pura,
De oro, de gloria ó mando no se cura.

IX

Mira en Balduino mente codiciosa,
Que á grandezas humanas sólo aspira,
Y en Tancredo pasion vana amorosa,
Que alto desprecio de la vida inspira.
A Bohemundo en Antioquía hermosa
Las bases de su reino poner mira,
Dar leyes, cambiar usos, y piadoso
Fundar de Cristo el culto glorioso;

X

En cuya empresa tanto se complace,
Que de otra alguna al parecer no cuida.
En Reinaldo descubre ánimo audace
Y mente de reposo mal sufrida;
De oro, mando ó poder cuenta no hace;
De honra quiere no más suma crecida.
De los labios de Güelfo está pendiente,
Oyendo hazañas de la antigua gente.

XI

Luego que de los claros campeones
Leyó los pechos el Señor del mundo,
Llama de entre las célicas legiones
A Gabriel, de los príncipes segundo,
Que las puras y santas oraciones
De los justos, á Dios dice facundo,
Y es del cielo piadoso mensajero
Que sus mandatos lleva al orbe entero.

XII

Dice á su nuncio Dios: "Vuela á la tierra,
" Busca á Gofredo, y dile que el reposo
" De nuevo trueque á la sangrienta guerra,
" Y á ganar á Sion marche animoso;
" Que á consejo convoque á cuanto encierra
" Su ejército de noble y valeroso;
" Que será el capitan por mí nombrado
" Y de sus compañeros ayudado."

XIII

Dijo, y Gabriel al punto se dispone
A cumplir el mandato soberano;
Su pura, angelical forma depona,
Toma visible aspecto y cuerpo humano
Que de celeste majestad compone
Y de atractivo llena sobrehumano;
Rostro de tierno adolescente bello
Decora su flotante áureo cabello.

XIV

Viste cándidas alas, recamadas
De oro puro, en volar infatigables,
Que al viento y á las nubes desplegadas,
Los espacios vadean insondables;
Lánzase á las regiones apartadas
Que señalan las voces inmutables;
Sobre el Líbano excelso se detiene
Y en las tendidas alas se sostiene.

XV

Y luego de Tortosa á la llanura
Descendiendo, endereza el raudo vuelo;
El confin oriental la lumbre pura
Del sol, bañaba entre el undoso velo.
Gofredo, al modo usado, con ternura,
Su oracion matutina alzaba al cielo,
Cuando del sol al par, si más luciente,
Le aparece el arcángel en Oriente.

XVI

Y dícele: "Gofredo, ya oportuna
" Es la estacion para el combate duro.
" ¿Por qué, pues, ha de haber tardanza alguna
" En romper la opresion del santo muro?
" A tus guerreros en consejo aduna,
" Infunde en todos ánimo seguro;
" Ya el Señor por su jefe te ha elegido,
" De ellos serás con gusto obedecido;

XVII

" De Dios soy mensajero y te revelo
" En su nombre su mente. Grande aliento
" Debe á tu pecho dar. Mas ¡cuánto celo
" El logro pide de tu noble intento!"
Dijo y desapareció, su excelso vuelo
Dirigiendo al sereno firmamento,
Y Gofredo á la voz, al brillo inmenso
Ciego quedó; su corazon suspenso.

XVIII

Recobrado el sentido, y discurriendo
Quién vino, quién le envió, qué se le manda,
Si ántes ansiaba, ahora está ya ardiendo
Por dar cima á la empresa memoranda:
Y no es que de ambicion el seno hinchendo
Vano anhelo de gloria le desmanda,
Mas su querer en el querer se inflama
De su Señor, como pavesa en llama.

XIX

Los fuertes compañeros que se hallaban
 No léjos dél, á la reunion convida,
 Cartas y mensajeros se cruzaban,
 Y al consejo la súplica va unida:
 A los que ardientes bríos alentaban
 Y á los que el alma sienten abatida
 Sabe cuerdo tratar con tales modos,
 Que ánimo á todos da, placer á todos.

XX

Concurren los barones y soldados,
 Bohemundo sólo allí no se presenta;
 Parte en las tiendas quedan alojados,
 Parte dentro en Tortosa se aposenta,
 Do los más altos jefes congregados,
 Respetable el consejo ya se ostenta.
 Así Gofredo habló al concurso atento,
 Con rostro augusto y con sonoro acento:

XXI

“ Pios guerreros que á sanar los daños
 “ De su fe santa el rey del cielo envía,
 “ Haciéndoos superar armas y engaños
 “ Que ya el mar, ya la tierra os oponía,
 “ Y que ganáseis en tan breves años
 “ Gran país que rebelde os resistía,
 “ Y viérais en las gentes ya domadas
 “ Su ley y sus insignias ensalzadas;

XXII

“ Si dejamos las caras dulces prendas,
 “ Si la patria querida abandonamos
 “ Y surcando del mar infiel las sendas,
 “ De la guerra los riesgos arrostramos,
 “ No de vana ambicion leves ofrendas,
 “ No posér tierras bárbaras buscamos,
 “ Premio escaso á la sangre ya vertida
 “ Y en perjuicio del ánima perdida.

XXIII

“ Más noble fin vuestro valor aliente:
 “ Expugnar de Sion los santos muros,
 “ Los cristianos librar de la insolente
 “ Opresion y romper sus hierros duros,
 “ Fundar un nuevo reino en el Oriente
 “ Sobre firmes cimientos y seguros
 “ Do el peregrino, sin temor, devoto,
 “ La santa tumba adore y cumpla el voto.

XXIV

“ Mil riesgos venció ya vuestra pujanza
 “ Y trabajos sin cuento superásteis,
 “ Mas al honor pequeña parte alcanza,
 “ Y aun menor á la empresa que intentásteis.
 “ ¿Os bastará la estéril alabanza
 “ De que la Europa sobre el Asia echásteis
 “ Para dejar en tierras peregrinas,
 “ No nuevos reinos, soledad y ruinas?

XXV

“ Estados duraderos y potentes
 “ No funda sólo el flaco esfuerzo humano
 “ Con hombres de fe y patria diferentes
 “ Contra infinito ejército pagano,
 “ Y sin que esperar puedan los prudentes
 “ De Occidente el favor, ya tan lejano:
 “ Si un reino con estrépito derrumba,
 “ Hallará en sus escombros triste tumba.

XXVI

“ El turco imperio, Persia y Antioquía
 “ Grandes conquistas son, nombres famosos;
 “ Mas no vuestro valor allí vencia,
 “ Que triunfos son del cielo milagrosos:
 “ Si torcer quiere ceguedad impía
 “ Los divinos designios misteriosos
 “ Con que se os dieron, los veréis perdidos
 “ Y del mundo seréis escarnecidos.

XXVII

“ Ninguno de vosotros, por Dios, quiera
 “ Que así se pierdan tan preciosos dones;
 “ Al santo fin, á la intencion primera,
 “ Enderezad más bien vuestras acciones.
 “ Ora que la templada primavera
 “ Mover ya nos permite los pendones,
 “ ¿Por qué á la ciudad santa no volamos
 “ Que es fin de nuestro intento? ¿Qué esperamos?

XXVIII

“ Príncipes, yo os protesto (y este acento
 “ El mundo actual oirá, le oirá el futuro
 “ Y aun los que junto á Dios tienen asiento)
 “ De nuestra empresa es ya tiempo maduro.
 “ No le perdamos con retardo lento
 “ Que en dudoso convierte lo seguro;
 “ Tal vez miéntras dudamos, se encamina
 “ De Egipto fuerte auxilio á Palestina.”

XXIX

Dijo, y leve murmullo se levanta,
 Y luego el ermitaño, de pié puesto,
 Que en la cruzada tuvo parte tanta,
 Y ocupa en el consejo honroso puesto,
 Siguió: “La exhortacion piadosa y santa
 “ De Gofredo atended: marchemos presto,
 “ Como él dice y vosotros; mas primero
 “ Que me escuchéis un solo instante quiero.

XXX

“ Las discordias, las tristes disensiones
 “ Que el ejército tienen dividido,
 “ El largo vacilar, las dilaciones
 “ Que el obrar con acierto han impedido
 “ Por acatar diversas opiniones,
 “ A mi entender han sólo procedido
 “ De compartir la autoridad en varios
 “ En mando iguales, en sentir contrarios.

XXXI

“ Do uno solo no impera y de sus juicios
 “ Rectos derivan galardón y pena,
 “ Y al mérito se entregan los oficios,
 “ El gobierno se estraga y desordena.
 “ Si del orden quereis los beneficios,
 “ Juntad la fuerza con que el mal se enfrena;
 “ Haya un jefe supremo á cuya mano
 “ Se entregue solo el mando soberano.”

XXXII

Calló el prudente anciano; en sus acentos
 Un celestial espíritu respira
 Que une los más discordes pensamientos;
 A todos una idea sola inspira
 Y sosiega los ímpetus violentos
 De ambicion, de codicia, envidia ó ira.
 Güelfo y Guillermo, ilustres caballeros,
 Nombran jefe á Gofredo los primeros.

XXXIII

Todos lo aprueban; queda reducido
 A su arbitrio el consejo, el alto mando:
 A él tocará dar leyes al vencido,
 Hará la guerra como quiera y cuando;
 De todos igualmente obedecido,
 A cada cual su puesto irá asignando.
 Deste concierto ya la fama eunde
 Y por el campo todo se difunde.

XXXIV

Con aplauso le acogen los soldados,
 Que de tan grande honor le juzgan digno:
 Salúdanle de gozo enajenados
 Y él corresponde plácido y benigno.
 Los primeros extremos ya pasados
 Que dan de amor y de obediencia signo,
 Manda que en un gran campo al día siguiente
 El ejército junto se presente.

XXXV

Al risueño Oriente el sol tornaba
 Más que nunca sereno y luminoso,
 Cuando al nacer del día que apuntaba,
 Cada guerrero, armado, presuroso,
 Bajo su enseña á colocarse andaba,
 Y marcha luego ante Bullon piadoso,
 Que á pié firme pasar los escuadrones
 Via, de caballeros y peones.

XXXVI

Mente, enemiga del oscuro olvido,
 De los hechos guardian infatigable,
 Para poder decir, tu auxilio pido,
 Los jefes de aquel campo memorable,
 La multitud de ejército lucido.
 Si ya siglos calló, la Fama hoy hable;
 De sus tesoros parte tal me ofrezca,
 Que en mil años mi canto no perezca.

XXXVII

Los franceses primero allí se vieron
 Que ántes Hugo mandó, del Rey hermano,
 Y en la isla de Francia se escogieron
 En medio á cuatro rios, país lozano.
 Muerto Hugo, á Clotario obedecieron,
 Que si no es de linaje soberano,
 Como el mejor sustentará el decoro
 De la oriflama reluciente de oro.

XXXVIII

Son mil de pesadísima armadura,
 Y otros tantos jinetes los seguian,
 Que en armas, disciplina y apostura
 De ellos ó poco ó nada diferian.
 Normandos son, á quien regir procura
 Roberto, que por príncipe tenian.
 Dos pastores del pueblo en pios marchaban,
 Que Adémario y Guillermo se nombraban.

XXXIX

Ambos sacerdotal, sagrado oficio
 Piadosos en su patria ejercitaban,
 Y ora en sangriento, bélico ejercicio
 Sus cabezas de yelmos coronaban.
 De Orange cuatrocientos, al servicio
 Del primero, valientes militaban;
 Otros tantos de Poggio, son mandados
 Del segundo, no ménos alentados.

XL

Luego Balduino en el alarde viene,
 De su hermano los súbditos guiando,
 Que tanto honor de Godofredo obtiene,
 Ora impedido del supremo mando.
 El que fama de bravo y sabio tiene
 Conde Carnuti, en pos viene marchando;
 Este conduce, armados, cuatrocientos
 Y siguen á Balduino mil doscientos.

XLI

Al campo de éstos Güelfo se avecina
 Cuyo mérito iguala á su alto estado;
 Su antigua estirpe en la region latina,
 Se habia en los de Este originado:
 Su aleman nombre y tierra hoy determina
 Haberse con los Güelfos enlazado;
 La Carintia, Istro y Rhin le obedecian,
 Do el Suevo y Reto ántes morado habian.

XLII

A estos dominios, de su madre herencia,
 Otros muchos añade por conquista.
 Gente trae de allí, sin diferencia
 Como al juego á morir á su voz lista,
 Y que no hay de estacion dura inclemencia
 Que al hogar y en banquetes no resista:
 Cinco mil de su tierra se movieron,
 Que los persas al tercio redujeron.

XLIII

La blanca y rubia gente despues llega
 Que entre el mar, Alemania y Francia habita,
 Fértil tierra que el Rhin ó el Mosa anega,
 Y mieses y ganados facilita;
 Y los isleños que á la furia ciega
 Del mar, diques oponen de infinita
 Altura: al mar océano que en un hora
 Naves, bienes, ciudad, reinos devora.

XLIV

Mil forman juntos ambos escuadrones
 Que otro Roberto viene comandando.
 Más en número siguen los bretones,
 Del menor hijo de su Rey al mando,
 Cuyo nombre es Guillermo. Son peones
 Flecheros, y los viene acompañando
 Gente que de sus crespas selvas manda
 La distante del mundo, última Irlanda.

XLV

Viene luego Tancredo, á quien no excede,
 Si no es Reinaldo, alguno en valentía;
 En belleza del rostro á nadie cede,
 En garbo, en gentileza ó hidalguía;
 Si algo su alto valor amenguar puede,
 Loco extremo de amor sólo sería:
 Amor entre las armas, que nacido
 Fué en una vista, y ya de afan nutrido.

XLVI

Es fama que aquel dia en que glorioso
 A los persas el Franco derrotaba,
 Cuando Tancredo, al fin ya victorioso,
 A los que huían de seguir dejaba,
 Y refresco á los labios, y reposo
 A los cansados miembros procuraba,
 Fué á do invitaba en la calor estiva
 Una, de olmos rodeada, fuente viva.

XLVII

Veis que allí de improviso una doncella
 Del cuello abajo armada le aparece;
 Era pagana, y la venida de ella,
 Ser por la misma causa bien parece.
 Miróla, y le admiró verla tan bella,
 Y un ardor siente que por puntos crece.
 ¡Oh milagro de amor! en un instante
 Nació, y armado ya vuela triunfante.

XLVIII

El yelmo ella caló, y á no haber sido
 Que otros llegan allí, le acometiera;
 Mas huye, vencedora, del vencido
 La que de fuerza igual jamas huyera,
 Y de aquel guarda el corazon herido
 Viva, su bella imagen y guerrera;
 Y el recuerdo indeleble del momento
 En que la vió, á su fuego da alimento.

XLIX

De que sin esperanza dentro ardía,
 Indicio daban en el triste amante
 Frecuente suspirar, baja y sombría
 La vista, melancólico el semblante.
 Ochocientos caballos que regia
 Dejaron de Campania el abundante,
 Orgullo de natura, suelo ameno
 Que amoroso acaricia el mar tirreno.

L

Siguen doscientos hijos de la Grecia,
 Con poco hierro á la ligera armados,
 Llevan al lado espada corva y recia;
 De arco y sonantes flechas van cargados
 En caballos que aquella gente precia
 Por sufridos, ligeros y alentados;
 Prontos en atacar y en retirarse,
 Diestros en pelear al dispersarse.

LI

Es su jefe Tatin, único heleno
Que las armas latinas acompaña.
¡Ejemplo triste y de vergüenza lleno
Das, oh Grecia! Vecina á la campaña
Como á fiestas te sientas, con sereno
Rostro, á mirar el fin de tanta hazaña.
Si ora en vil cautiverio esclava vives,
No injuria, justa pena es que recibes.

LII

Ultimos en el órden, mas primeros
En bríos, en honor y arte, seguian
Los heróicos valientes caballeros
Que á la aventura esta jornada hacian.
Callen de Argos y Artús los compañeros
Que un tiempo de su fama el mundo henchian;
Con éstos toda antigua hazaña el brillo
Pierde. ¿Quién de ellos es digno caudillo?

LIII

Dudon de Cousa lo es. Difícil vieron
La eleccion, por valor ó por nobleza,
Y al que más hecho y visto habia pusieron
Concordes, por caudillo y por cabeza;
Si los años la suya encanecieron,
Muestra en madura edad fresca entereza,
Y en el rostro, de honor vestigios dignos,
De no torpes heridas nobles signos.

LIV

Hace entre éstos su mérito eminente
A Eustacio, y más ser de Gofredo hermano:
Sigue del rey noruego el descendiente
Gernando, en varios reinos soberano;
Antigua fama nombre de excelente,
Da á Rugier Balnavilla y á Enguerlano.
Notables son entre los más gallardos
Un Gentonio, un Rambaldo y dos Gerardos.

LV

Tambien Ubaldo y Rósmund, de los buenos
Que heredan de Lancaastro el gran ducado;
De Obizo el nombre no ha de ir á los senos
Do avaro olvido guarda lo pasado,
Ni vale Esforza y sus hermanos ménos
Palamedes y Aquiles esforzado,
O el fuerte Oton que conquistó el escudo
Do una sierpe y un niño está desnudo.

LVI

Guasco, Rodolfo y uno y otro Guido
No os dejo atrás, que sois todos famosos,
Ni los nombres consigno á ingrato olvido
De Everardo y Gerniero valerosos.
¿Dó me llevais ya de cantar rendido,
Odoardo y Gildipe? Dos esposos
Que aun en la guerra unidos van de suerte
Que no ha de separarlos ni la muerte.

LVII

En las aulas de amor ¿qué no se aprende?
Allí ésta se hizo intrépida guerrera;
No deja el caro lado, y sólo pende
De una suerte, de dos la hora postrera;
Jamás un golpe al uno solo ofende,
Ni hay dolor que sin uno al otro hiera:
Herido el uno, el otro desfallece,
Y el que sangre no vierte, más padece.

LVIII

Mas el jóven Reinaldo les prefiero
Y á cuantos vienen claros campeones;
Llevan su rostro dulcemente fiero
Y su frente de rey, las atenciones.
Si era á su edad precoz y lisonjero
Esperar flores, frutos da sazones;
Marte dirás que es, si el rostro cubre
Con duro hierro, Amor si le descubre.

LIX

A orilas del Adige dió Sofía
 Este hijo á su Bertoldo: Sofía hermosa
 A Bertoldo el potente; y bien no habia
 De la madre la leche deleitosa
 Dejado, ya Matilde le instruia
 De reinar en el arte, cariñosa;
 Hasta que le exaltó la jóven mente
 La trompa que sonaba en el Oriente.

LX

Entónces (y tres lustros aun no cuenta)
 Huyó solo y tomó senda ignorada;
 Pasó del mar Egeo y donde asienta
 Grecia, al campo llegó en tierra apartada.
 ¡Oh noble fuga, y más si el pecho alienta
 A ser de un noble póstero imitada!
 Tres años ya guerreó: temprano vello
 Apunta apénas en su rostro bello.

LXI

Pasados los jinetes, atrás viene
 Gente de á pié. Guiaba los primeros
 Raymundo de Tolosa, que en Pirene
 Y entre el mar y el Garona sus guerreros
 Juntó. Son cuatro mil que armados tiene
 Instruidos, pacientes y certeros;
 Buena gente, y no pudo haber tenido
 Capitan más valiente ó entendido.

LXII

De Ambuesa Estéban cinco mil comanda,
 Que de Tours y el Plesis allí conduce;
 Robusta y dura no es aquella banda,
 Aunque toda de hierro armada luce:
 La tierra alegre, deleitosa y blanda
 Semejantes á ella hombres produce.
 A acometer con ímpetu se arrojan,
 Mas con facilidad á poco aflojan.

LXIII

Cargado de amenazas el semblante
 Cual Capaneo en Tebas, el tercero
 Alcastro viene, de seis mil delante;
 Son suizos, pueblo turbulento y fiero
 De las alpinas sierras habitante.
 De hoces y arados convirtió el acero
 A uso más digno, y su grosera mano
 Que rebaños guió, teme el tirano.

LXIV

Vese ondear despues la alta bandera
 De Pedro con las llaves y tiara:
 El buen Camilo siete mil trajera
 De á pié, con armadura grave y clara,
 Contento de que el cielo le eligiera
 A que á su raza el brillo restaurara,
 O á demostrar que á la italiana gente
 Si algo falta, es escuela solamente.

LXV

En bella muestra ya los escuadrones
 Todos pasaron, éste es el postrero,
 Cuando á los más ilustres campeones
 Llama Gofredo y dice placentero:
 “ Cuando vuelva la Aurora á estas regiones
 “ El ejército muévase ligero,
 “ Tanto, que si es posible, del sagrado
 “ Muro, hasta el pié se llegue inesperado.

LXVI

“ Apercibíos, pues, á la jornada,
 “ A la pelea, á la victoria cierta.”
 Tal hablar de persona reportada
 De todos el valor luego despierta;
 Con ansia esperan ya la madrugada
 Y que la Aurora al Sol abra la puerta.
 Mas prudente el Bullon no se halla ajeno
 De cierto afán que oculta dentro el seno.

LXVII

Que eran ya nuevas ciertas en su oído
De que de Egipto el Rey se hallaba en via
Hacia Gaza, de fuerza apercebido,
Que puede contrastar la de Soría;
Y que huelgue no cree quien siempre ha sido
Avezado á los golpes de osadía;
Júzgale de enemigo audaz y artero,
Y á Enrique llama, adicto mensajero.

LXVIII

Dícele: " En leve barca emprende viaje
" Y de Grecia en la costa toma tierra;
" Ha de llegar allí (cierto mensaje
" Me ha escrito quien yo sé que poco yerra)
" Un real valeroso personaje,
" Que á acompañarnos viene en esta guerra:
" Es Rey danés, é inmensa hueste trae
" De la region que bajo el polo cae.

LXIX

" Y porque el griego emperador pudiera
" Usar con él sus conocidas artes
" Para que vuelva atrás, ó su carrera
" De nosotros le aleje hácia otras partes,
" Fio á tu ingenio y á tu fe sincera
" Que de influjos maléficis le apartes
" Por el nuestro y su bien, y venga donde
" A su honra y su fama corresponde.

LXX

" No vuelvas tú con él: allá te queda
" Del Rey de Grecia á procurar la ayuda;
" Dos veces ya, sin que negarlo pueda,
" La prometió; que á su deber acuda."
Le instruye así y le da con que proceda
Las credenciales en que al Rey saluda.
Enrique se despide presuroso
Y al ánimo Gofredo da reposo.

LXXI

No bien el primer rayo matutino
Del nuevo dia coloró el Oriente,
El són de trompa y parche repentino
Manda la marcha á la guerrera gente.
No es el trueno más grato al campesino
Que anuncia lluvia en el estío ardiente,
Que el estruendo marcial, las altas voces
A los duros soldados y feroces.

LXXII

Movido cada cual de sus deseos
Ya las usadas armas requería,
Y completos los bélicos arreos
Al conocido jefe se acogía.
Bate el aire pendones y trofeos
Que el ya ordenado ejército tendía,
Y en la noble imperial bandera brilla
La enseña de la cruz, grande y sencilla.

LXXIII

En tanto el sol que en la celeste esfera
Va siempre adelantando y alto asciende,
Hierde en las armas y cual de una hoguera
Rutilante esplendor la vista ofende;
Mil chispas el ambiente reverbera
Y el espacio parece que se enciende.
De relinchos y de armas el ruido
El campo tiene todo ensordecido.

LXXIV

Queriendo el capitán de la asechanza
Del enemigo asegurar su gente,
Un cuerpo armado á la ligera avanza
Que el campo en torno explore diligente;
Ántes los gastadores sin tardanza
Mandó el camino á disponer, prudente,
Que el piso allanen, corten la maleza
Y de los pasos quiten la aspereza.

LXXV

No obsta pagana gente congregada,
Ni de hondo foso circundado muro,
Torrente, monte, ó bien selva cerrada
Que hagan tardío el viaje ó inseguro;
Tal del rey de los rios desatada
La corriente quebranta el cauce duro
Cuando crecido con furor se extiende,
Y nada de sus ímpetus defiende.

LXXVI

Sólo en Trípoli el Rey que en levantados
Muros, armas, tesoros, tropas cierra,
Pudo estorbar de Europa á los soldados,
Mas no osó provocarlos á la guerra;
Al contrario, con dones regalados
De grado les da paso por su tierra,
Y el tratado de paz acepta ledo
Que dictarle pluguiera á Godofredo.

LXXVII

Desde el monte Seir de excelsa altura,
Por el Oriente á la ciudad cercano,
Turba de toda edad, sexo y figura
De los fieles, confusa baja al llano;
Gozosa ver, oír, hablar procura
Y regalar al vencedor cristiano:
De las extrañas armas se espantaban
Y fieles guías á Gofredo daban.

LXXVIII

Por la orilla del mar su campo él guía
El sendero buscando más derecho;
Sabe que su auxiliar flota venia
De la costa bogando á poco trecho.
Provision abundante así tenia
De bastimentos para caso estrecho:
Las griegas islas granos han de enviarle
Y Creta y Scio vinos ministrarle.

LXXIX

Sustenta el mar gimiendo las carenas
De navíos y fustas más ligeras,
Y no hay dejar las naves sarracenas
Del mar Mediterráneo las riberas.
De Génova y Venecia en las arenas
Muchas se armieron grandes y veleras,
Otras en Francia, en Inglaterra, Holanda,
Y la fértil Sicilia algunas manda.

LXXX

Y éstas que un fuerte vínculo mantiene
En un solo querer todas ligadas,
Van de cuanto al ejército conviene
De diferentes puertos bien cargadas.
Ya que la marcha nada les detiene
Y ven desguarnecidas las entradas,
Van las tropas ansiosas y veloces
Donde Cristo sufrió penas atroces.

LXXXI

Precursora la Fama vocinglera,
Que verdad ó mentira va contando,
Llegaba, de la nueva mensajera
De que ya el vencedor viene marchando.
Las diversas escuadras enumera,
Los más gallardos jefes va nombrando;
Prodigios cuenta, y á su rostro airado
Tiembla aquel que á Sion tiene usurpado.

LXXXII

Tal vez el esperar mal venidero
Es peor que sentirle ya presente;
El ánimo perturba el más ligero
Rumor, suspensos el oído y mente;
Un murmullo del más triste agorero,
Recorre el campo y la ciudad doliente:
Recela el viejo Rey peligros varios
Y pesa los consejos más contrarios.

LXXXIII

Aladino es su nombre, y de estas partes
 Nuevo señor, vive en continuo espanto;
 Fué ya cruel y de malignas artes,
 Que ora la edad ha mitigado un tanto.
 Oyendo que los francos estandartes
 A su ciudad se acercan entretanto,
 Crece el miedo que abrigo há muchos años,
 Y ya teme de propios y de extraños.

LXXXIV

Que en la ciudad confusa mezcla mora
 De pueblos, en costumbre y fe contrarios:
 La menor parte es la que á Cristo adora,
 Y son más de Mahoma los sectarios;
 Pues cuando él á Salem ganó en mal hora,
 Y el gobierno asentó con modos varios,
 Las gabelas quitaba á sus paganos
 Y otro tanto gravaba á los cristianos.

LXXXV

Lo que ora piensa, su crueldad nativa
 Que por la edad templada languidece,
 Tanto irritando exalta, que más viva
 Que nunca está, y su sed de sangre crece.
 Tal se enfurece en la estacion estiva
 Culebra que en el frio mansa parece:
 Así recobra un leon domesticado
 Su innata furia si se ve atacado.

LXXXVI

“ Veo, decia, del placer reciente
 “ En esta turba infiel claras señales;
 “ En el daño se goza de mi gente
 “ Y rie si la ve llorar sus males;
 “ Quizá traiciones pérfidas intente,
 “ O de matarme abrigo criminales
 “ Designios, ó proyecta dar las puertas,
 “ Ocultamente, al enemigo abiertas.

LXXXVII

“ Mas no lo hará; sus pérfidos intentos
 “ Yo estorbaré, mi furia desahogando;
 “ Muertes haré y terribles escarmientos
 “ De la madre en el seno hijos matando;
 “ Sus templos quemaré y alojamientos,
 “ Dignas hogueras á sus restos dando.
 “ Correrá en el sepulcro que venera
 “ De sus prestes la sangre la primera.”

LXXXVIII

Así en su corazon piensa el malvado;
 Mas no ejecuta luego su proyecto;
 No que á los justos haya perdonado,
 Que es de vil miedo el vacilar efecto.
 Si un temor á ensañarse le ha incitado,
 Más con él puede otro cobarde afecto:
 Teme cerrar las vias conciliadoras,
 Irritando las armas vencedoras.

LXXXIX

Templa el impío, pues, la rabia insana,
 O usarla en otro objeto se le antoja:
 Los edificios rústicos allana,
 Los urbanos al suelo el fuego arroja;
 Cosa alguna no queda íntegra ó sana
 Que al Franco dé sustento ó que le acoja.
 Rios y fuentes turba y los revuelve
 Y en sus aguas mortal veneno envuelve.

XC

Cauto en medio á su furia, no se olvida
 De reforzar de la ciudad los muros;
 Por tres partes está bien defendida,
 Sólo hay al Norte puestos inseguros.
 Mas su prudencia astuta y advertida
 Ya puso allí reparos bien seguros,
 Y recoge con prisa grande copia
 De gente mercenaria y de la propia.